hubo doctor en Teología y catedrático de prima que se entró en el mismo hoyo de la sepultura para recibir en sus brazos el venerable cuerpo para depositarlo en ella, y le pareció que iba muy pagado por este oficio con un zapato que hubo á las manos, y los que más no podían se contentaban con las flores que habían tocado al cuerpo. Depositóse delante del altar mayor en una caja de madera con cal que en ella se echó, adonde reposa en paz, esperando el dichoso tiempo en que ha de resucitar á nueva y gloriosa vida, en premio de la larga muerte que padeció y de los raros ejemplos de virtud que dejó á sus Hermanos.

Murió este santo varón por Diciembre, año de 1602, y no dejaremos de añadir aquí que tengo en mi poder una espiritualísima carta suya, escrita de 10 años antes de su muerte, de la Nueva España, al P. Juan de Cañas en Andalucía, también insigne varón, en la cual le escribía que se ejercitaba en el mismo anhelo que tenía San Pablo, cuando decía: *Cupio dissolvi et esse cum Christo;* y en ese amor, dice, pretendía imitar al santo Apóstol, que es lo fino de la caridad, adonde llegan los grandes santos. Diciendo juntamente el muy espiritual y perfecto varón que á ese fin enderezaba sus ejercicios de oración y penitencia, en los cuales podemos decir que se empleó toda su vida. Y pues fueron tantos y con tan grande tesón ejercitados, los años que empleó el P. Plaza en pretender ese alto grado de perfección, bien es de entender que se lo concedería Dios, y que en efecto lo conseguiría, de que dieron testimonio los insignes y continuados ejemplos de virtud que dió todo el tiempo de su prolongada vida. Y porque habiéndola acabado de escribir el P. Eusebio Nieremberg, añade algunos consejos y documentos espirituales muy acertados de este grande maestro de espíritu, los juzgamos por dignos de poner aquí, y son los siguientes: Nunca decir gracias vanas.—Decir bien de todos.—No porfiar mucho.—Entre muchos hablar poco.—No remedar á otro, ni hacer burla de cosa que diga ó haga.—Hacerse todo á todos.—Nunca hablar de cosa suya de que se le pueda seguir loa.—No ser entrometido ni fácil en dar su parecer.—Descubrir todas las tentaciones al Superior.—Andar siempre en la presencia de Dios.—Imaginarse siempre siervo de todos.—Y en los otros considerar la persona de Cristo Nuestro Señor.—Nunca dilatar cosa buena para otro día.—Nunca hacer cosa por vanagloria, sino por solo Dios.—Echar todas las cosas á buena parte.—Rogar todos los días por toda la Compañía, y particularmente por el Padre General, y por los otros superiores, y por los oficiales de aquel Colegio en que vive.

CAPITULO XIV.

Vida, virtudes y dichosa muerte del devotísimo P. Antonio Arias, lector de Teología de la Compañía de Jesús.

§ I

De la admirable junta que en el P. Arias resplandeció de santidad y letras.

Uno de los varones más señalados que con el ejemplo de santidad y letras ilustraron nuestra Provincia de Nueva España, y en especial nuestros estudios del Colegio de México, fué el P. Antonio Arias; de cuyos juveniles años y virtudes que en ellos ejercitó un tan insigne varón en letras y perfección religiosa, sólo hallo que decir lo que se puede sacar del tenor de vida y ejemplos que dió de esclarecidas virtudes los años que vivió en nuestra Provincia de Nueva España, que fueron trece, de los cuales, los más se ocupó en leer las facultades que en nuestro Colegio de México se profesan, y en otros ministerios, acompañándolos siempre con excelentísimos ejercicios de perfección religiosa. Y esta admirable junta de sabiduría, con insigne religión y virtud resplandeció de suerte en este santo varón, que no hallo mejor modo de escribir su vida, que juntándolas y declarando el modo con que las hermanó, y ejercitó hasta su muerte. La facultad en cuya lectura más tiempo se ejercitó, fué en la cátedra de vísperas de Teología á que añadía el cuidar de la Congregación mayor de clérigos y gente letrada, y juntamente el oficio de Prefecto de las cosas espirituales en nuestro Colegio; á que también se juntaba el trato y comunicación de los prójimos en común y en particular, en orden al bien y aprovechamiento de sus almas. Y acudía este fervoroso varón á todas estas ocupaciones con tanta entereza y puntualidad, que parecía estar todo en todas, y todo en particular en cada una de ellas. Porque siendo de suyo tan graves y de tanto peso, que cada una por sí pedía un hombre entero, puestas sobre sus hombros, no flaqueaban un punto, antes parecía que cada día iban en mayor crecimiento, echando Nuestro Señor en todo aquello en que su siervo ponía mano en la tierra, su bendición desde el cielo. Y aunque es verdad que procuraba siempre con su grande humildad encubrir lo mucho bueno que así en lo natural como en lo sobrenatural de virtud, ingenio y letras tenía Dios depositado en él, poniendo toda su perfección en la entera observancia de las reglas, así las comunes que á todos tocan, como las particulares en que con grande satisfacción la obediencia lo tenía empleado; pero no pudo encubrir tanto su humildad, que en las ocasiones no diese muestras de sí su grande y aventajado caudal y talento.

Fué muy señalado en todo género de letras, así en las humanas como en las divinas, y muchos años después que había dejado las de latinidad, era tan eminente en ella, que las cosas más graves y públicas

que de este género se hacían en nuestras escuelas y aun en la Universidad real, pasaban primero por sus manos que saliesen en público. También fué muy señalado en Filosofía natural, Teología escolástica, positiva y moral, ocupándose por tiempo de tres años en leer todas estas materias en nuestro Colegio de México, con grande nombre y opinión de gente docta, así secular como religiosa. Supo las lenguas griega y hebrea, estudiándolas muy de propósito después de haber leido un curso de artes, por poder leer (como la obediencia le mandaba) con más plenitud y perfección la cátedra de Escritura Sagrada. En lección de Santos y comprensión de sus obras, se señaló con particularidad. Y por habérsele entrañado desde sus tiernos años una singular devoción con la Reina del Cielo y Madre de Dios (como después diremos), de la lección de los Santos sacó y dispuso una Letanía de las alabanzas y prerrogativas de esta Soberana Señora, tan larga y cumplida, que yendo algunas veces en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, que dista de México tres leguas, gastaba más de hora y media en rezarle, respondiéndole á veces sus compañeros con grande devoción. De la misma lección de los Santos que le fué muy familiar, y movido de la mucha estima que tuvo siempre de las Reglas de la Compañía, por más apoyarlas, solía anotar al margen lo que en los Santos ó fundadores de otras sagradas Religiones había advertido que podía ayudar para mayor observancia de ellas.

Había dotado Dios Nuestro Señor para todos estos ministerios al P. Antonio Arias, de ingenio muy fácil, claro, agudo y profundo, y consecuentemente en el opinar muy acertado, siguiendo siempre la doctrina del angélico Doctor Santo Tomás y la más común de los Doctores, huyendo lo que parecía novedad, no sólo en la sustancia sino en el modo de defender sus opiniones. Resplandecía en él una muy agradable inventiva y disposición muy acertada, como se echa de ver por sus escritos y diversos tratados de grande erudición que compuso, fundados en la Escritura y autoridades de los Santos, llenos de muy sana y sólida doctrina. Aún siendo estudiante compuso entre otras obras un libro de la Vida de la Virgen Nuestra Señora, con tan buen estilo y disposición, tan fundado en santos Padres, tan lleno de erudición, sacando de raíz las cosas más dudosas, que mostraba bien por una parte su mucho caudal de letras é ingenio, y por otra el tierno y filial afecto con que amaba á aquella Señora de quien había desde su niñez recibido tantas mercedes, como él mismo en el Prefacio del Libro que le dedica, lo dice. Contentó á todos tanto este trabajo, que así el P. Visitador Diego de Avellaneda, como los demás de nuestros Padres Provinciales y gente más devota y grave que desde el P. Antonio de Mendoza después se siguieron, lo hicieron trasladar para su devoción: entre los cuales el P. Antonio de Mendoza le llevó consigo á Roma para hacerle imprimir, aunque por causa de su muerte no tuvo efecto.

De la misma claridad y agudeza de ingenio procedía la que el P. Antonio Arias tenía en presidir y argüir á los actos públicos, lo cual hacía con tanta compostura y modestia, y con tal precisión de palabras, que las pocas que hablaba era forzado de la necesidad, dando lugar al estudiante y acomodándose con él en cuanto era posible, porque así luciese más. Reconocíase en él una gracia particular en estas

materias, en que cuando más al parecer le apretaban las dificultades, con sólo un ejemplito dicho con grande paz y sosiego, las allanaba y aclaraba de manera que no dejaba rastro de duda, alabando mucho esta gracia los que le veían. Y no era de maravillar hiciese esto siendo maestro, el que aún siendo estudiante y discípulo tenía tanta comprensión y hacía tan entero concepto de lo que estudiaba, y con tanto señorío, que siempre fué tenido por maestro, dando desde entonces muestra de lo mucho que había de ser en adelante. Y porque no dejemos de decir la grande humildad que acompañaba tan grande caudal de ingenio, con ella acudía siempre á comunicar con el P. Prefecto de los estudios, las opiniones y dificultades ocurrentes, siguiendo siempre su dirección y consejo, constante en la humildad y sumisión como si fuera uno de los demás discípulos. Y esta junta de insigne virtud con aventajadas letras, resplandeció en este esclarecido varón, por todo el discurso de su santa vida.

§ II

De otras virtudes muy señaladas del P. Antonio Arias.

Aunque siempre se reconocía la eminencia de letras en el P. Arias que habemos referido, pero no era menor la que resplandecía en sus religiosísimas virtudes. Porque lo primero, fué hombre muy dado á la oración y trato muy familiar con Dios Nuestro Señor, de donde como de fuente nacía la perfección de las virtudes en que se ejercitaba. Todas las veces que se ponía á estudiar, comenzaba rezando ciertas oraciones que á este propósito tenía de memoria, dando principio al primer estudio de la mañana con la oración de Santo Tomás de Aquino, de quien fué muy devoto: todas las veces que sonaba el reloj, era recuerdo para el P. Antonio, para levantar el corazón al cielo, si estudiaba en su aposento, escribiendo ó leyendo; y todas las veces que pasaba por algún lugar donde viese alguna cruz ó imagen, la saludaba con alguna oración jaculatoria: cuando comenzaba á estudiar hacía composición de lugar considerando á un lado á Cristo Nuestro Señor, y á otro á la Virgen Santísima, y en dudando alguna cosa de lo que estudiaba, acudía con mucha confianza á pedir luz para penetrarla y entenderla. En lo cual (decía él á un Hermano nuestro, estudiante) que él había desde sus primeros estudios hallado gran fruto. Demás del tiempo ordinario que todos los nuestros generalmente dan á la oración, gastaba el Padre las noches antes de cenar, largos ratos en este santo ejercicio. Demás de esto, que era ordinario, acostumbraba entre año recogerse á tener más larga y retirada oración en los ejercicios de Nuestro P. San Ignacio. Las Cuaresmas, Adventos, Pascuas, las fiestas principales de Santos, desde sus Vísperas, particularmente las de Cristo Nuestro Señor y su Santísima Madre, se preparaba para celebrarlas añadiendo ratos de oración: decía la Misa con grande reverencia, devoción y compostura, preparándose para ella ordinariamente con la confesión sacramental, recogiéndose un rato antes de decirla, y dando después gracias muy despacio, de manera que se podía decir de este santo varón que vivía de oración, y su trato con Dios y sus Santos era continuo. Las horas canónicas rezaba siempre de ro-

dillas: los días de asueto, fiestas y domingos que libre de sus ocupaciones tenía alguna más latitud de tiempo, solía retirarse á lugar más secreto y á alguna de las azoteas del colegio, donde descubierta la cabeza y clavados los ojos en el cielo, tenía grandes y fervorosos ratos de oración. Y lo mismo hacía las pocas veces que iba por recreación con los nuestros al campo. Mostrando grande encogimiento cuando alguno le hallaba en este santo ejercicio.

A este trato tan familiar con Dios Nuestro Señor añadía el devotísimo Padre una muy cordial y afectuosa devoción, que desde su niñez tuvo siempre con la Virgen Santísima Nuestra Señora, á la cual acudía con confianza y amor de hijo, ya con palabras tiernas, ya con quejas amorosas, representándole sus necesidades y pidiéndole remedio para ellas; recibiendo siempre de su mano particulares favores y regalos del cielo. Muchos años le duró un voto que había hecho de hacer todo lo que le pidiesen en nombre de la Virgen, y aunque por justos respetos se lo habían ya relajado, con todo, conservó en esto un tan firme propósito, que jamás se le pidió cosa en nombre suyo que no la hiciese. Remedio éste de que se valían en su rigorosa enfermedad de que murió, para hacerle pasar alguna cosa de comida ó bebida, lo cual él hacía, aunque le costaba tan grande dolor y sentimiento por tener muy lastimada la garganta, que le obligaba á dar gemidos muy sentidos. Todos los días, demás de las horas canónicas, rezaba el oficio de Nuestra Señora y su Rosario, y en honra suya servía ó comía en el suelo en el refectorio todos los sábados sin faltar ninguno. A imitación de este devotísimo varón á quien todos veneraban, y movidos de su fervor y ejemplo, solían muchos de nuestro Colegio de México levantarse á media noche á tener una hora de oración á la Iglesia del Santísimo Sacramento, á que añadían encender candelas y descubrirlo, abriendo la puerta del Sagrario las vísperas de fiestas de Cristo Nuestro Señor, de su Santísima Madre, de San José y de otros Santos. Aunque después, por su mucha flaqueza de estómago que padecía, se le estorbó este ejercicio. Cada año solía ir dos ó tres veces en peregrinación á la ermita y Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, rezando en el camino, unas veces la Letanía larga que dijimos que había compuesto, de las excelencias de la Virgen Santísima; otras, apartándose de su compañero alguna distancia, y destocado, gastaba la mayor parte del camino en oración, con tanta copia y abundancia de lágrimas, que llegado á la posada, aunque procuraba muy deveras excusarlas, no las podía reprimir. En esta ermita solía detenerse dos ó tres días, que empleaba en ejercicios espirituales de oración, lección y trato de cosas espirituales de Nuestro Señor. Decía la Misa muy espacio, gastaba en ella una ó dos horas; el resto del día y noche, asistía delante de la devotísima imagen de la Virgen, que era su mayor consuelo, y siempre se la dejaban sobre el Altar descubierta, estando él parte de rodillas, parte en pie, parte sentado, fuera de un breve rato que reposaba. Su comida en estos días (en que como él decía se daba unos grandes hartazgos de Dios), era sólo pan y agua, si no era cuando importunado por el beneficiado Capellán de la ermita comía á su mesa.

De esta su singular devoción con la Reina de los Angeles, procedía la grande fecundidad que tenía en tratar de sus alabanzas y excelencias en sus pláticas, por una parte tan devotas y afectuosas, y por otra

tan curiosas y exquisitas, que encendía y aficionaba con ellas á todos en el amor de esta Soberana Señora. De aquí el haber levantado y conservado con tanto cuidado su Congregación, trayendo á ella la gente más docta y granada del Cabildo Eclesiástico, y entre ella al Gobernador del Arzobispado en Sede vacante, Don Juan de Cervantes, que después fué Obispo de la Santa Iglesia de Oaxaca, que le fué muy devoto. De la misma fuente nacían las tan acertadas reglas que para el mejor gobierno y establecimiento de la misma Congregación hizo imprimir, con otras particulares para el estado clerical. De donde también se seguía la mucha autoridad y mano que con ellos tenía, reconociéndole todos como á Maestro de Espíritu, y como á Santo; de aquí las muy célebres fiestas que en honra de la Sacratísima Virgen hacía, y finalmente el buen acierto y suceso en todo aquello en que el P. Antonio Arias ponía sus manos, á que parecía echaba su bendición su devotísima Madre y Señora.

Todos estos dotes, gracias y talentos de este fidelísimo siervo de Dios y de su Santísima Madre, resplandecían más con la grande humildad que los acompañaba, porque era cosa maravillosa ver la baja estima que de sí y de sus cosas tenía, nacida de una grande humildad con que más se hacía estimar y reverenciar de todos. Cuando se trataba de promoverlo de una cátedra á otra como persona que tenía talento para todas, había gran dificultad en conquistar su grande humildad; aunque finalmente siempre se rendía á la obediencia. Pero casi todos los años volvía de nuevo á hacer instancia porque le quitasen de puestos semejantes, pareciéndole que eran en los ojos del mundo de alguna estima, y deseando aplicarse con más deveras al trato y ayuda de las almas en ministerios que no fuesen de tanto lustre. Habiéndole enviado nuestro Padre General (teniendo noticia de sus grandes partes), licencia para doctorarse en la Universidad, para mayor autoridad de la doctrina de varón de tantas letras, procuró con grande insistencia estorbarlo; y sabiendo que algunos de casa habían tenido noticia de dicha licencia, les rogó encarecidamente la callasen y no la divulgasen, porque la gente que mucho le estimaba no le obligase á usar de ella. Entendió una vez que cierto religioso de otra familia estaba algo sentido con él, y acertando á encontrarle en una calle muy pública, se fué hacia él, é hincándose de rodillas le besó la mano: acción de humildad con que por una parte dejó confuso al religioso, y por otra tan ganado, que de ahí en adelante le fué muy aficionado amigo. Con ser el P. Antonio Arias sujeto de tan calificadas partes, jamás se pudo acabar con él que predicase en la Catedral de México, aunque muchas veces se lo pedían y hacían instancia. Antes él hacía ésta en dejar cátedras y honras, y emplearse en ayuda de las almas de los indios; y viendo que en la Provincia Mexicana no se lo concedían por el grande provecho que hacía en otros ministerios, pidió muchas veces á los superiores, y algunas de ellas de rodillas, que lo enviasen á las Filipinas, y últimamente lo envió á pedir con mucha instancia á nuestro Padre General con el P. Pedro Chirino, á quien sobre esta pretensión dió un memorial firmado de su nombre, aunque esto no tuvo efecto.

§ III

De otras virtudes que resplandecieron en el P. Antonio Arias.

A la grande humildad de este religiosísimo varón acompañó la virtud que es muy hermana de ella, que es la obediencia, en que siempre fué muy señalado. Era siempre el primero en acudir á las cosas de Comunidad, y de las particulares que le tocaban, daba cuenta á los superiores del buen ó mal suceso de ellas, con una sencilla y puntual obediencia. En toda su enfermedad, que fué muy rigorosa, nunca resistía á cosa que los superiores, médicos ó enfermeros le mandaban, estando en esto tan atento á nuestra Regla, que él mismo alentándose á su cumplimiento, la repetía. Dióse aviso una vez de parte del superior á los maestros, que tuviesen cuidado de nombrar honoríficamente á los autores que citaban en sus escritos, y fué tan observante de esta orden el obediente Padre y Maestro Antonio Arias, que todas las veces que después los citaba, era diciendo el nombre propio y calidad de grado ó magisterio que tenían. Al punto que daba la hora para salir de lección, no pasaba adelante á dictar una palabra, dejándola en el punto que le cogía. Sucedióle una vez, que acabando una materia, el último día de estudios de aquel año, dió la hora para salir, faltándole por dictar hasta un renglón, y no hubo remedio con él que lo dictase, dejándolo para el año siguiente. Y lo mismo le sucedió otra vez, víspera de Ramos, dejando medio renglón para después del domingo de Cuasimodo, que para acabar la materia restaba. Tan delicado como esto andaba, en materia de obediencia, nunca olvidando la regla, que nos manda que al toque de la campana dejemos lo comenzado. El cuidado de su mortificación anduvo junto con el de su obediencia. Con ser hombre muy enfermizo y flaco, pasaba con lo que en la Comunidad se daba, sin admitir particularidad ó regalo en comida, bebida, vestido ú otra cosa alguna. Mientras comía ó en las quietes y horas de recreación, en las pláticas de Comunidad, estaba en su asiento desarrimado. Por muchos años no usó de silla en su aposento, sino de una banca. Aunque después por venirle á visitar personas graves de la Ciudad, le mandaron que la tuviese. En la guarda de sus sentidos y mortificación de ellos andaba tan cuidadoso, que ora fuese cuando salía de casa, por las calles de la Ciudad, ora cuando salía de su aposento por casa, llevaba tal compostura en los ojos, que apenas los alzaba, aun habiendo de saludar á los que topaba, y á cualquier hora que entrasen en su aposento, le hallaban con la misma modestia y composición que en los Actos Públicos, y por ser avaro del tiempo, sin tener rato ocioso en todo el día, el deseo de aprovecharlo le obligaba al grande recogimiento que guardaba en su aposento, cuando no le obligaban á salir de él los negocios y ocupaciones forzosas.

Con este cuidado continuo que traía en la mortificación y recogimiento de sus sentidos, y otras penitencias con que los sujetaba, conservó Nuestro Señor y enriqueció al P. Antonio Arias con la preciosa joya de la castidad y virginal pureza que enteramente se entendió guardó hasta su muerte. Y del grande amor y afecto que tuvo á esta celestial virtud, sin duda le nació el afecto y dón singular que tuvo de tratar, ayudar y enderezar en el camino de la perfección á almas dedicadas al estado virginal, comunicando y enseñando á religiosas de grande perfección de algunos conventos de México que se gobernaban con la doctrina del Padre y con las cartas que les escribía llenas de espíritu y admirables consejos, y estas cartas guardaban las religiosas como un riquísimo tesoro. Y es cierto que entre los grandes frutos que con su santidad y letras hizo este espiritualísimo varón, uno muy señalado fué el aprovechamiento en perfección y virtud de religiosas que dieron grandes ejemplos de ella en los conventos de México, las cuales en su muerte mostraron notable sentimiento de la falta de un tal varón y maestro de espíritu, porque sin duda fué grande el magisterio y celo santo que en esta parte en él resplandeció. Y lo mismo se mostró en el trato que tuvo siempre con la clerecía.

§ IV

Muerte y dichoso tránsito del P. Antonio Arias y solemnísimas exequias que se le hicieron.

Eran tantos los deseos de este bendito Padre de verse desatado de las cadenas y pasiones del cuerpo mortal por verse con Cristo y su Madre Santísima, con quien era su tiernísima y filial devoción y continuo trato, que pocos días antes que muriera pedía con tantas veras á Nuestro Señor por sí y por otras personas, que le alcanzaran esta merced, que piadosamente se creyó que por ese medio alcanzó de su Majestad el cumplimiento de este su deseo. Porque dos meses antes de su muerte, y la última vez que fué á visitar á su gran devota la Sagrada Imagen de la Virgen de los Remedios, tratando en el camino con los compañeros que con él iban, tres cosas que á esa Señora habían de pedir, entendieron que la que él iba á pedir para sí era el acabar en breve el curso de esta mortal vida. Vuelto á México, dentro de pocos días le sobrevino un tabardillo mortal que le duró veinte días, en el cual tiempo era tan vivo el deseo que mostraba de pasar de esta vida á la eterna, que con mucha dificultad se podía resignar á vivir, y apretándole una vez sobre esto los que mucho le amaban, al fin, levantando los ojos al cielo, dijo lo de San Martín: *Si sum necessarius populo, non recuso laborem.* Pero acordándole otro lo que había pedido á la Virgen de los Remedios, levantando la voz comenzó á llamar á la muerte, y á quejarse de ella porque no acababa de llegar. Dábale mucha pena si le decían que mejoraba de su enfermedad, y era menester avisar á la gente grave que le visitaba, no le dijesen que se alegraban de su mejoría, ó palabras semejantes que le habían de afligir. Curábanle dos médicos, los mejores de la ciudad, acudiendo con grande cuidado de noche y de día, y los nuestros con grande puntualidad y todo el regalo posible que su grande flaqueza y enfermedad pedía, y deseando se le alargase la vida.

El Virrey, Marqués de Montes Claros, le enviaba de Palacio á visitar muchas veces. Y el mismo afecto mostró el Ilustrísimo Arzobispo D. Fr. García de Mendoza, confesor que fué del Señor Rey Felipe II. Hacíanse muchas oraciones, decíanse muchas misas en diversos con-

ventos, y aun descubierto el Santísimo Sacramento, por la salud de este insigne varón; y en el de los Religiosos de San Agustín hicieron Disciplina de Comunidad por él en el coro, y después una Misa cantada porque Nuestro Señor le diese salud. Pero al fin, él pudo tanto con sus oraciones y deseos de irse á ver con su Divina Majestad y su Santísima y devotísima Madre, que se los cumplieron, llevándolo para sí la víspera de San Bernabé, á 10 de Junio, año de 1603, no teniendo de edad más de 33 años. Murió recibidos con mucha devoción los Santos Sacramentos y durándole muy vivo y entero el juicio. Quedó su rostro muy hermoso y apacible, y con tal serenidad que causaba devoción y consuelo; con los miembros muy tratables y flexibles en señal (como se decía) de la pureza virginal que siempre había guardado. Los tres años había vivido en esta Provincia de Nueva España, habiendo venido á ella de Castilla, siendo Hermano estudiante de la Compañía. Y es cierto que aunque vivió tan poco, fué uno de los sujetos que más ilustraron nuestra Mexicana Provincia, y la edificaron con sus excelentes virtudes. Y la suave memoria del P. Antonio Arias, quedó impresa en los corazones de todos.

Luego que comenzaron á doblar en nuestro Colegio, hicieron lo mismo en diversas Iglesias de la Ciudad, y el Sr. Arzobispo envió á decir no lo enterraran hasta que su Señoría viniese á hallarse al entierro, como lo hizo. Fué grande el sentimiento que causó su muerte, así en los nuestros como en la gente religiosa, seglar y Eclesiásticos de la Ciudad, derramando todos muchas lágrimas, y dando muestras de lo mucho que lo amaban, por el gran concepto que de sus letras y santidad tenían. A su entierro concurrieron religiosos de todas órdenes, la mayor parte de los Cabildos Eclesiástico y secular. La gente más granada de la Ciudad; el Sr. Obispo de Chiapas, D. Antonio de la Cadena (que entonces se encontraba en México); vino el Ilustrísimo Arzobispo, el cual, luego que entró en la pieza donde estaba el cuerpo del difunto, dijo con grande ternura y sentimiento que no lo había perdido la Compañía, sino su Señoría, porque pensaba y esperaba ayudarse de él en negocios de mucha importancia por las grandes partes del caudal de letras y santidad que en él había conocido. Díjole su Señoría un responso, y habiendo venido la Capilla de la Iglesia Catedral, le cantó otro. Y con este acompañamiento, lo llevaron los nuestros en hombros hasta la Iglesia, donde con grande sentimiento y lágrimas de todos fué sepultado. El día siguiente, la Ilustre Congregación de la Virgen, que había tenido á su cargo el P. Antonio Arias, y que tanto la había adelantado en devoción con su Santa Doctrina, trató de celebrar sus honras con un novenario de Misas cantadas, que repartieron entre sí Prebendados de la Iglesia Catedral, y Doctores de la Universidad, viniendo la Capilla de la Catedral á oficiarlas con su música; y rematando las honras con oración fúnebre que recitó un Maestro de la Universidad, Damián González de Cueto: y el sermón que predicó el Doctor Pedro de Soto, Catedrático de filosofía, habiendo puesto estos afectuosos Congregantes un retrato de su P. Antonio Arias en su túmulo. En otros cuatro Conventos de religiosas, que habían participado de la Doctrina del P. Antonio Arias, se le dijeron otros tantos Novenarios de Misas, y en él, uno de ellos fueron de las nueve Festividades de la Virgen Santísima, sabiendo cuán devoto Capellán había sido el Padre de esa

soberana Señora toda su vida. Y todas fueron demostraciones de la grande estimación que siempre se hizo en la Ciudad y Provincia de México, de las letras, religión y ejemplos de admirables virtudes que nos dejó varón tan santo; y podemos entender, que el que con ellas tanto fruto hizo en la tierra, goza de los abundantes premios que con ellas mereció, habiendo pasado al cielo.

CAPITULO XV.

Vida, virtudes y dichosa muerte del muy religioso P. Cristóbal Bravo, de la Compañía de Jesús, año de 1609.

Muy buen lugar merece en esta nuestra historia la muy religiosa vida y virtudes del P. Cristóbal Bravo, antiguo en la religión, profeso de cuatro votos y grandemente benemérito de nuestra Provincia de Nueva España, en púlpito, cátedra, en ministerios, así en Españoles como en Indios tarascos, que con grande ejemplo de humildad ejercitó por muchos años. Y para escribir la vida de este santo varón, me pareció poner aquí á la letra la carta que de ella escribió el P. Rodrigo de Cabredo, Visitador que fué y después Provincial de esta Provincia, avisando en ella de la muerte de este santo varón, como se usa en la Compañía, y dice así: «Nuestro Señor ha sido servido de llevarse para sí al P. Cristóbal Bravo, mi compañero, de una enfermedad bien penosa, de retención de orina, que le acabó en diez días, sin que bastasen todos cuantos remedios se le hicieron, que fueron muchos. Yo he quedado con la pena y sentimiento que mis carísimos Padres y Hermanos podrán pensar, por haber perdido un tal compañero que era como yo lo podía desear y como lo había de menester la Provincia, por su gran verdad, fidelidad, secreto, prudencia y mansedumbre. Y aún crece mi sentimiento con acordarme lo que ha perdido la misma Provincia en un tan importante sujeto. Sólo tiene de consuelo esta pérdida, la ganancia de su alma y el haber sido Nuestro Señor servido de ello para glorificarla; cuyo divino beneplácito y ordenación, aunque haya sido con la mortificación nuestra, debe ser de nosotros venerada, reverenciada y agradecida.

«De las virtudes del P. Cristóbal Bravo habría mucho que decir: fueron tan conocidas en la Provincia, que nadie habrá en ella que no las sepa, y así abreviándolas en suma, digo: que aunque parece se verifican con él aquellas palabras que del Santo Job se dicen en el capítulo primero de su historia: *Erat vir simplex et rectus, timens Deum et recedens a malo.* Varón sincero, temeroso de Dios y que se apartaba del mal; pero en lo que más me parece se esmeró, fué en las virtudes de humildad y obediencia. Verdaderamente fué humilde sin resabio de altivez alguna, pues con tener el caudal de letras que tenía y haber servido tanto á esta Provincia, con todo, su proceder era como de un novicio muy encogido, y tal, que cuando yo le consideraba en muchas ocasiones, me confundía y movía á dar gracias á Dios de haberle he-